

PERÚ: EDUCACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS

MARGUERITE BEY

CECOD

París, Francia

DESDE los movimientos que condujeron a la reforma agraria de 1969, las relaciones de los campesinados andinos con la sociedad nacional han pasado por un cambio acelerado. Aquí nos limitaremos a analizar los efectos de la educación sobre las transformaciones de la organización comunitaria.*

El valle del Canete se encuentra 150 kilómetros al sur de Lima. Las comunidades de Casinta y de Tomas se encuentran, respectivamente, en las partes bajas (de 1700 a 2400 metros de altitud) y alta (de 3300 a 4800 metros) de la provincia de Yauyos. Esta situación explica el hecho de que tengan historias muy distintas, tanto en lo tocante al origen de las comunidades como a sus formas de apropiación y de aprovechamiento del espacio y sus tipos de organización.

Casinta es una pequeña comunidad (595 hectáreas, 35 familias) de agricultores y de criadores de ganado bovino, situada en una zona semi-árida; carece de agua suficiente, mientras que los terrenos (una tercera parte de la zona) sólo pueden cultivarse con riego. Las parcelas, de propiedad privada, se encuentran cada vez más reducidas a consecuencia de la parcelación impuesta por el sistema de herencia (la propiedad privada está muy extendida en las comunidades de las tierras bajas). La migración (hacia Lima y hacia la costa) es continua y en las explotaciones más grandes (de cinco a ocho hectáreas) escasea la mano de obra.

Tomas es una vasta comunidad de ganaderos (28000 hectáreas de pastoreo por 80 hectáreas de tierra agrícola). La tierra pertenece a la comunidad, que controla el reparto: las parcelas, que apenas bastan para aprovisionar de tubérculos, legumbres secas y cereales a las familias, están en posesión privada. Las tierras naturales de pastoreo fueron repartidas en usufructo a los ganaderos (de camélidos andinos, de ovinos y, en menor proporción, de bovinos) según sus necesidades. Tomas cuenta con 140 familias permanentes y con una cincuentena de trabajadores de las minas vecinas. Las minas y las haciendas ganaderas ofrecen desde hace tiempo ingresos complementarios a las familias *tomasinas*, que reconocen ser particularmente móviles. Las actividades comerciales, comple-

* Esta colaboración se apoya en los resultados de encuestas (1986 a 1989) efectuadas en comunidades campesinas de los Andes centrales de Perú.

mentarias del trueque, siguen la misma dirección que este último: los viajeros de la zona de *puna* viajan tradicionalmente hacia el valle de Mantaro y la ciudad de Huancayo. La proximidad de Lima y el habla generalizada del español hacen que las comunidades del Canete sean más sensibles que otras a las influencias de la "cultura moderna", lo que da una dimensión particular a este estudio.

La problemática de la educación en el medio rural plantea muy diversas preguntas. Intentaremos responder aquí a las que conciernen directamente a la organización de las actividades en las familias campesinas. Con este fin, consideraremos la comunidad en dos aspectos: su función esencial es garantizar a sus miembros el acceso a los recursos de producción (tierra y agua) y a ciertos servicios sociales (educación, salubridad...). Las familias *comuneras* mantienen una relación dialéctica con su comunidad: la comunidad se funda y se mantiene en la lucha por la tierra, principal factor de producción. Por tanto, las cuestiones sociales son inseparables del territorio. Las familias campesinas mantienen relaciones sociales y de trabajo con el espacio exterior a la comunidad, tanto para reforzar su posición social y económica como para abrir perspectivas al "mundo moderno". Para los campesinos más pobres la comunidad constituye una necesidad, mientras que para los "comuneros" más prósperos sólo es fuente de ingresos entre otras más.

En ese contexto, la educación desempeña un papel preponderante:

- los campesinos consideran la instrucción escolar como sinónimo de "progreso". Por ello la escuela constituye una reivindicación permanente en las comunidades, sobre todo desde los años sesenta. Y sin embargo, al crear perspectivas de ascenso individual, el fenómeno escolar entra en contradicción con una estrategia colectiva de desarrollo. Esta observación plantea otra pregunta: ¿pueden modernizarse las comunidades rurales sin perder su carácter comunitario? (M. Haubert, 1981);
- la emigración parece una consecuencia de la oposición entre el proceso de socialización en el medio familiar y el que es administrado por el sistema educativo. La dispersión geográfica de los miembros de la familia y la apertura al espacio urbano entrañan una redefinición del marco de vida de los campesinos. Este punto subraya la importancia del nexo entre el espacio de vida y los cambios de valores;
- la escolarización —y en particular la prolongación de los estudios— provoca cambios en los objetivos y la organización de la familia: la fuerza de trabajo disminuye mientras aumentan las necesidades monetarias; las decisiones de producción y la organización del trabajo y de las actividades deben evolucionar en consecuencia.

Este último aspecto, aunque más estudiado, rara vez ha sido analizado desde el punto de vista de sus consecuencias sobre la organización de la

comunidad. Trataremos sucesivamente esos tres puntos, comenzando por el último.

Hasta los años sesenta, la instrucción estaba reservada a los hijos de las familias acomodadas. Ningún desequilibrio venía a afectar la organización de las tareas campesinas. Cuando la educación se vuelve accesible a todos —en las comunidades, como en el resto del país, la instrucción primaria es obligatoria—, las actividades campesinas son afectadas en su conjunto. Huelga repetir que se basan en la fuerza de trabajo familiar y que el dinero no ha sustituido por completo el trueque ni la ayuda recíproca (*ayni* en quechua).

Los desequilibrios de recursos humanos, añadiéndose a los costos de la educación, pondrán en entredicho la naturaleza no monetaria de la economía comunal. Durante sus estudios, los niños se apartan de las actividades de la unidad de producción. Cuando prosiguen su escolaridad fuera de la comunidad, los costos son más elevados: no sólo aumentan sus necesidades monetarias, sino que con frecuencia se llevan consigo a uno de sus padres. Este periodo de escuela corresponde generalmente a una descapitalización de la unidad productiva, que queda afectada en sus principales factores de producción: fuerza de trabajo y capital. Las familias de mayores recursos pueden invertir la parte de capital de su explotación (las más de las veces, animales) en actividades nuevas, principalmente el comercio. Los pequeños almacenes proliferan en las zonas rurales; la vida del pueblo se intensifica y los campos parecen abandonados. No es raro observar un abandono total de las parcelas más alejadas, ni ver rebaños cuidados por pastores, aunque el dicho diga que “al ojo del amo engorda el ganado”. Por último, donde es posible intensificar la explotación de la tierra, la producción se vuelve cada vez más mercantil.

Dos factores son determinantes: la fuerza de trabajo y la ganancia monetaria. Dado que la mano de obra familiar disminuye de manera desigual según que las familias tengan o no los medios para financiar los estudios de sus hijos, la ayuda recíproca tiende a desaparecer. Las familias más ricas son, al mismo tiempo, las que más sufren una penuria de la fuerza de trabajo familiar y las que requieren más brazos.

El empleo de asalariados en los cultivos alimentarios aumentaría considerablemente los costos de producción. Las actividades agrícolas y ganaderas acusan, pues, una tendencia a la especialización en producciones mercantiles poco exigentes de mano de obra. Así, los casintanos abandonan progresivamente los cultivos alimentarios, consagrando cada vez mayores superficies a los campos de alfalfa para la cría de vacas lecheras y a las plantaciones de manzanos.

Esas modificaciones del marco agrario tienen graves repercusiones sobre la administración colectiva de los recursos hídricos y estimulan las migraciones. Como esos cultivos permanentes exigen más agua que los cultivos tradicionales, el aumento de la producción agrava la desigualdad entre los grandes propietarios, interesados en ese tipo de producción, y los campesinos pobres que dependen de los cultivos alimentarios. La

influencia de los grandes propietarios en las decisiones comunitarias permite prácticamente anular la función de control de la comunidad sobre sus recursos.

Paralelamente, al disminuir la demanda de trabajadores, los campesinos pobres encuentran cada vez más difícil un complemento monetario para su magra producción. En Tomas, la cría de ganado, actividad más remuneradora, se impone sobre los cultivos alimentarios, que muchos campesinos ya han abandonado. Así, como en Casinta, donde el control comunal sobre la distribución del agua es evitado por los campesinos más prósperos, en Tomas son las tierras de pastoreo naturales, consideradas como bienes colectivos, las que son objeto de acaparamiento por los grandes ganaderos que, en consecuencia, abandonan los terrenos agrícolas a los campesinos más pobres.

Esas tendencias a la especialización sólo son observables en una escala regional: las partes bajas, como Casinta, desarrollan cultivos permanentes (pero, con excepción de herederos emigrados que dejan sus tierras en aparcería, nadie se especializa en una sola producción). En las comunidades de altitud, como Tomas, se observa más a menudo una concentración de las actividades campesinas en la cría de ganado (estando alejada esta zona del pueblo y de los sectores agrícolas), mientras que la diversificación de las actividades se verifica en ámbitos extraagrícolas.

Estas observaciones exigen una reflexión sobre la importancia de la noción de *ciclo vital* para comprender la evolución de la familia campesina. El contraste entre las familias de Casinta y las de Tomas refleja las condiciones locales antes mencionadas. En Casinta, un joven *comunero* no puede trabajar más que en la explotación familiar o emplearse como asalariado mientras espera heredar. La estructura social da pruebas de una gran rigidez: los hijos de campesinos prósperos estudiarán y luego se instalarán en Lima, mientras que los hijos de campesinos pobres no tendrán más recurso que emplearse como asalariados entre sus homólogos más ricos o emigrar en busca de empleo. Más adelante, serán los estudios de sus propios hijos los que frenarán más aún el desarrollo de su propiedad.

En Tomas, en cambio, el sistema comunal de reparto de los recursos garantiza a cada quien, si no un acceso igualitario, al menos la posibilidad de establecer una explotación familiar. Estando relativamente desarrollado el mercado del trabajo en la región, lo más frecuente entre los jóvenes es emplearse en el exterior, el tiempo necesario para reunir un capital que, añadido a algunos animales habitualmente cedidos por sus padres, les permitirá "retribuir" a la comunidad como organizadores de la fiesta patronal e iniciar una actividad como pequeños criadores. Por esta razón, los *tomasinos* rara vez se casan antes de los 25 o 30 años. Tras un periodo de inversiones intensivas en ganado, la escolarización de los hijos vendrá a absorber una parte de sus fondos. Según sus condiciones materiales, cada familia tendrá ocasión, entonces, de diversificar sus actividades y, en muchos casos, de invertir fuera de la comunidad. Las familias pobres no tienen otra alternativa que complementar sus in-

gresos mediante el salario en la comunidad, o emplearse en una mina. Las familias mejor provistas generalmente prefieren establecer un comercio en el pueblo, lo que además les permite acompañar a sus hijos que ahí van a la escuela. En cuanto a las familias de mayores recursos, sus actividades rápidamente se abren al espacio urbano, donde prepararán la instalación de sus hijos, estudiantes y después graduados, que no se quedarán en la comunidad. Por último, ricos y pobres se encuentran, al llegar a viejos, con recursos apenas suficientes para asegurar su subsistencia. Rara vez ven a sus hijos emigrados, a menos que ellos mismos hayan abandonado la comunidad para instalarse con ellos.

Esta descripción rápida de los comportamientos campesinos a través de las etapas del ciclo vital de la familia nos sugiere una observación: según sus estrategias de reproducción, las familias manifiestan un cambio de actitud hacia la herencia. Entre los campesinos, designar y preparar un sucesor para la propiedad familiar es una de las preocupaciones principales. Ahora bien, esto no se considera ni en Tomas ni siquiera en Casinta, donde la propiedad de la tierra justificaría más, por tanto, el interés en la sucesión. En esas dos comunidades varias veces acude a los labios de los padres esta expresión: "La educación es la mejor herencia que se les puede dejar". Esta frase, por sí sola, justifica todos los sacrificios hechos por la comunidad en su conjunto.

Pero si la sucesión ya no es una preocupación para los padres, resulta difícil imaginar lo que podría retener a los jóvenes en la comunidad. Como hemos visto, la emigración no es un fenómeno nuevo. La imagen de campesinados unidos autárquicos y replegados en sí mismos es ya caduca desde hace tiempo. El campesino de los Andes es viajero, de lo cual dan prueba sus largas peregrinaciones en las épocas de trueque. Sin embargo, como lo subrayaba un anciano de Tomas, "antes, también, las gentes iban a la ciudad pero regresaban pronto porque no estaban habituadas. Ahora, los jóvenes ya no quieren quedarse aquí, se les ha acostumbrado demasiado jóvenes a la ciudad".

Con su reducido número de habitantes, Casinta sólo dispone de una escuela primaria, mientras que Tomas posee también un colegio secundario. Las causas de emigración por los estudios son diferentes en esas dos comunidades. Los jóvenes casintanos tienden a emigrar más pronto que sus homólogos de Tomas. En esta última comunidad, sólo los hijos de las familias con recursos abundantes abandonan el pueblo antes de terminar la secundaria, y esto pese a la obligación impuesta por la institución comunal de escolarizar a los niños en la comunidad. Esta disposición es crucial para comprender el papel de la comunidad como mediadora de los intereses, a menudo divergentes, de sus miembros.

En lo tocante al fenómeno educativo, la tendencia migratoria de los jóvenes que tienen medios para hacerlo pone en peligro la continuidad de la educación en el pueblo, único medio de instrucción para las categorías más desprovistas. Así, en contradicción con sus propios comportamientos, las autoridades intentan imponer la escuela comunal a todos.

Si la emigración es consecuencia del fenómeno educativo (impuesto en el caso de la ausencia del nivel de secundaria en la comunidad, necesario para quienes buscan un empleo apropiado a su nivel de instrucción), también es consecuencia del sistema educativo. En efecto, la socialización en la familia y en el medio rural se encuentra en peligro, por los contenidos pedagógicos: la enseñanza favorece un sistema de valores diferente del de los campesinos. Al aprender a relacionarse con la sociedad nacional, el niño también aprende a despreciar a sus padres y a sus valores sociales y de trabajo. A los jóvenes se les dificulta identificarse con un mundo que la educación aleja de ellos al imponer un ascenso social que tiene que ser individual. Muchos son los que irán a probar su suerte a la ciudad donde, las más de las veces, ya los han precedido parientes o amigos. En Casinta más que en Tomas, pocas veces ocurre el retorno de los emigrados por motivos educativos.

El desmembramiento de la familia campesina va a imponer una redefinición del marco de vida de los campesinos. Por tanto, la problemática de la emigración está ligada al atractivo de las "luces de la ciudad", y más allá, a un cambio en el sistema de valores. Una pastora de Tomas nos confiaba que más valía no tener ninguna instrucción, para soportar la austera vida en la *puna*. La tierra nutricia y el trabajo dejan el lugar a un nuevo marco de referencia. La instrucción se concibe como el instrumento más seguro de promoción social. La educación no sólo es un medio para afirmar el *status* en el seno de la comunidad, sino que también es el paso obligado para asimilar las normas sociales de la sociedad moderna. La comunidad es una sociedad de interconocimiento en el cual cada quien desempeña una multitud de roles, correspondiente a diferentes *status* de pariente, de aliado, de católico o de evangelista, de *comunero*, de agricultor, de ganadero, de comerciante, etcétera.

Las relaciones con la sociedad englobante son mediatizadas por los notables (H. Mendras, 1976). Su función ha evolucionado con la interpenetración de las esferas urbana y rural, favorecida por la elevación del nivel de instrucción. Al comienzo del siglo, cada comunidad tenía su pequeño grupo de notables cuyo poder se basaba en una próspera situación económica y en las alianzas establecidas. El prestigio social de esas familias dependía de una función tradicional de redistribución: a la manera de los jefes prehispánicos, los *comuneros* más poderosos debían proteger a su comunidad. La colectividad esperaba de ellos que financiaran las fiestas y retribuyeran generosamente (tanto en productos como apadrinando un bautismo o una boda, principal medio para entablar alianzas interfamiliares) la "ayuda" recibida por los trabajos hechos en sus tierras. Aún hace poco tiempo, uno de los más ricos casintanos calificaba de "ayuda a los pobres" el hecho de dejar a estos últimos una parte de sus tierras agrícolas en aparcería. Pero la función principal de esos notables era defender a la comunidad contra el abuso de sus vecinos. Su nivel de instrucción les aseguraba el monopolio de los trámites hechos ante los poderes públicos.

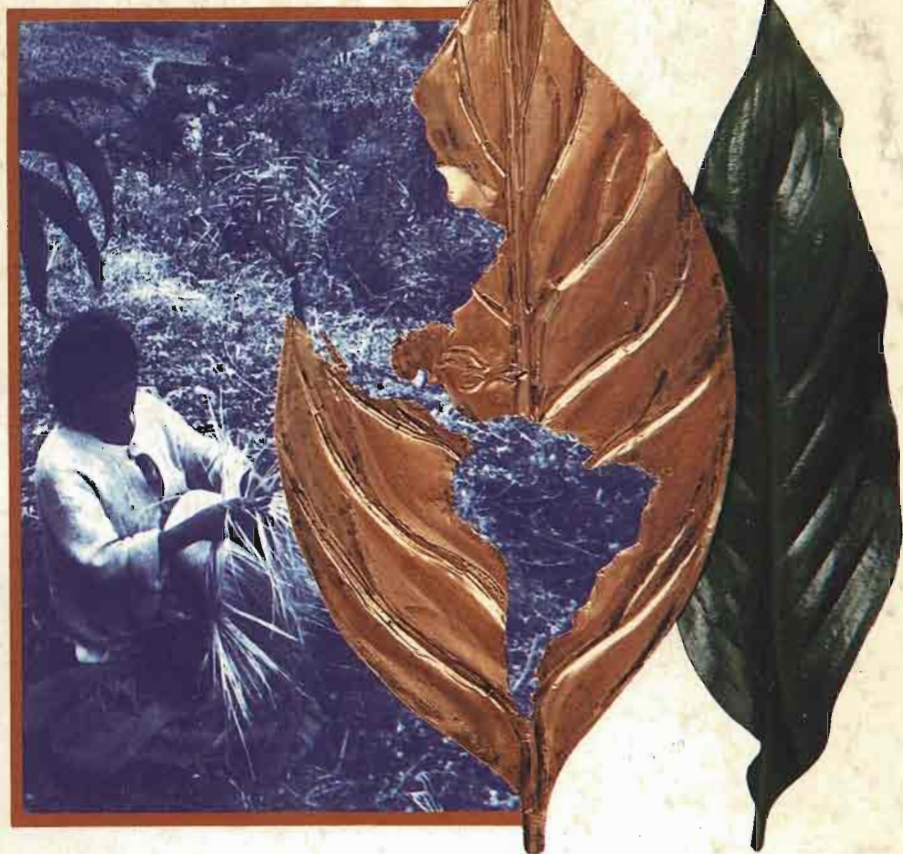
Con la democratización de la educación ha aumentado el número de esos privilegiados, y los contactos con la ciudad se han vuelto más frecuentes. Van a aparecer nuevas exigencias en el seno de la colectividad. Las comunidades dan prueba de una gran capacidad de adaptación a las condiciones de la economía de mercado y también adoptan los símbolos modernos, importados de la ciudad. Los indicadores más evidentes de esta asimilación se encuentran en las costumbres alimentarias y en el atuendo. El alza de los niveles de instrucción y el uso generalizado de radios, entre otras cosas, muestran asimismo una ideología del progreso que no sólo es económica y que actúa como motor del comportamiento de los campesinos.

Los factores externos del cambio son reinterpretados para configurar una nueva escena local. ¿Cómo se adapta la comunidad a esa renovación social? Una nueva categoría de intermediarios viene a suplantar a los antiguos notables de la comunidad. Esos mediadores son los jóvenes graduados que las más de las veces residen en la ciudad. Provisos de conocimientos "modernos" vienen a inyectar una nueva dinámica a su comunidad. Después de estar atentos durante siglos sólo a sus propios recursos, ahora los campesinos aprenden a utilizar créditos y donativos para modernizar su aldea. Pero los objetivos y resultados no necesariamente coinciden. Si en los hechos se trata de estimular la modernización de la comunidad, no hay que esperar, empero, que la aldea pueda retener en adelante a sus generaciones jóvenes. El dispensario de Tomas recuerda el problema planteado por la escuela comunal: proclamado con la misma insistencia, pocas personas han logrado, sin embargo, franquear el umbral desde su inauguración. Ese contradictorio resultado muestra la confusión que existe entre desarrollo y modernidad.

En lo que corresponde a la producción, las comunidades de Casinta y de Tomas han puesto en acción un proyecto de desarrollo. La primera construyó un canal de riego; Tomas escogió una lechería comunal. Ambos proyectos pueden inscribirse en un afán explícito de reparto colectivo de los beneficios. Más implícitamente, esos proyectos elaborados por jóvenes graduados que residen en la ciudad sirven a los intereses de las categorías campesinas dominantes. En el primer caso, aumenta la capacidad de riego con el cultivo de la alfalfa —por tanto, en beneficio de los grandes propietarios— sobre una sexta parte de los terrenos ganados al desierto. En Tomas, la lechería servirá en primer lugar a los intereses de los criadores, que podrán mejorar la calidad de sus hatos y utilizar la lechería para aumentar su producción.

Esos proyectos ilustran la política de promoción del cooperativismo puesta en vigor desde la reforma agraria de 1969. En 30 años, las comunidades han visto crecer su espacio de comunicación, gracias al desarrollo de la red de caminos y a la elevación de los niveles educativos. Pero siguen subordinadas al sistema político y económico dominante. La falta de participación favorece una actitud pasiva que impone la necesidad de un encuadramiento exterior.

El fracaso, al menos parcial, de ese tipo de iniciativas en las comunidades andinas ha dejado secuelas, pero indica que sólo las formas de organización resultantes de un desarrollo interno pueden devolver a las comunidades la capacidad de conquistar el espacio político y económico que les corresponde. Desde luego, las comunidades estudiadas se distinguen por su proximidad a Lima, de donde reciben una influencia más fuerte que de las regiones remotas. No obstante, las conclusiones resultantes son representativas de una tendencia general.



Agriculturas y campesinados de América Latina

Mutaciones y recomposiciones

Thierry Linck

(compilador)



Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana

ORSTOM

Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

AGRICULTURAS Y CAMPESINADOS DE AMÉRICA LATINA

Mutaciones y recomposiciones

THIERRY LINCK
(compilador)



ORSTOM



INSTITUT FRANÇAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE
POUR LE DÉVELOPPEMENT EN COOPÉRATION

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español, 1994

Título original:

Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et recompositions

© 1993, ORSTOM, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en
Coopération, Paris

ISBN 2-7099-1152-3

D. R. © 1994, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-4276-7

Impreso en México